



✠ ORANSLECTION ✠

27 de octubre de 2013



**¡Señor,
enseñanos
a orar!**

Si 35,15-17.20-22:
*Los gritos del pobre
atravesan las nubes.*

Sal 33, 2-3. 17-23:
*Si el afligido invoca
al Señor, Él lo escu-
cha.*

1 Tm 4,6-8.16-18:
*Ahora me aguarda la
corona merecida.*

Lc 18, 9-14:
*El publicano bajó a
su casa justificado;
el fariseo, no*



DOMINGO XXX ORDINARIO "C"

**Lectura del Evangelio
de san Lucas**

Y refiriéndose a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, dijo también esta parábola: "Dos hombres subieron al Templo para orar: uno era fariseo y el otro, publicano.

El fariseo, de pie, oraba así: 'Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago la décima parte de to-

das mis entradas'.

En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se animaba siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: '¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador!'.

Les aseguro que este último volvió a su casa justificado, pero no el primero. Porque todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado".

PREPARACIÓN:

• Señal de la Cruz

• Invocación al Espíritu Santo:

Ven, Espíritu Santo,
llena los corazones de tus
fieles
y enciende en ellos
el fuego de tu amor.

Envía, Señor, tu Espíritu
y todo será creado.

**R/. Y renovarás la faz
de la tierra.**

Oh Dios

que iluminas los corazones
de tus fieles con la luz del
Espíritu Santo:

concédenos sentir recta-
mente, según el mismo
Espíritu,
para gustar siempre el bien
y gozar de su consuelo.

Por Jesucristo Nuestro
Señor.

R/. Amén.

• Avemaría

(prender vela icono)

• Gloria

• ¡Silencio! Dios va a hablar

1º LECTIO

¿Qué dice el texto en sí mismo?

1. Lectura lenta y atenta del texto
2. Silencio
3. Releer
4. Reconstruir el texto
5. Entender el sentido del texto en sí:

CATEQUESIS DOMINICAL

I. LA PALABRA DE DIOS

En el libro sapiencial del **Eclesiástico** se subraya la perseverancia de los humildes en la oración. Esto es lo que mueve a Dios. Sólo el pobre es audaz en su humildad. La oración del pobre es escuchada. ¿Quién puede presentarse rico ante Dios?

Las últimas palabras de la **primera carta a Timoteo** son como el testamento espiritual de S. Pablo: él ha mantenido la fe y ésta le sostiene a él ante la prueba final y del martirio.

En el **Evangelio**, la parábola del fariseo y del publicano muestra que la oración, además de confiada y constante, ha de ser humilde.

«**En pie, ... ¡Oh Dios!, te doy gracias**». El fariseo no pide, agradece; pero su agradecimiento es hipócrita; piensa que es Dios quien tiene que estarle agradecido por ser tan buen cumplidor: 1º) No hace cosas malas, «**como los demás**». 2º) Hace obras buenas, y más de las que están prescritas en la Ley. El fariseo piensa no necesitar nada para salvarse, sabe y puede salvarse solo. «Nos encontramos ante dos actitudes diferentes de la conciencia moral del hombre de todos los tiempos: el publicano nos presenta una conciencia *penitente*, plenamente consciente de la fragilidad de la propia naturaleza y que ve en sus faltas, cualesquiera que sean las justificaciones subjetivas, una confirmación de que su ser necesita redención. El fariseo nos presenta

una conciencia *satisfecha de sí misma*, que cree poder observar la ley sin ayuda de la gracia y está convencida de no necesitar misericordia» (Juan Pablo II).

«**Bajó a su casa justificado, y aquel no**». El que se tenía por *justo* salió del templo siendo pecador, el que se confesó *pecador* salió en amistad con Dios.

La actitud adecuada del hombre en su relación con Dios sólo puede ser la de reconocer que Dios es «*el que es*» y «*el que hace ser*» (Ex 3,14), mientras que el hombre es «el que no es nada por sí mismo», el que lo recibe todo de Dios. La auténtica relación del hombre con Dios sólo puede basarse en la verdad de lo que es Dios y en la verdad de lo que es el hombre. Por eso, enorgullecerse delante de Dios no es sólo algo que esté moralmente mal, sino que es una tontería; es vivir en la mentira radical: «¿*Qué tienes que no lo hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿a qué gloriarte como si no lo hubieras recibido?*» (1 Cor 4,7).

Esto es válido sobre todo para el encuentro con Dios en la oración. Además de la fe, que nos recordaba el evangelio del domingo pasado, es radicalmente necesaria la humildad, que nos recuerda el de hoy. La única actitud justa delante de Dios es la de acercarnos a Él mendigando su gracia, como el pobre que sabe que no tiene derecho a exigir nada y que pide confiando sólo en la bondad del que escucha, no en sus propios méritos. Por eso, nada hay más contrario a la verdadera oración que la actitud del fariseo, que se presenta ante Dios exigiendo derechos, pasando factura de «sus buenas obras».

Más aún: no sólo no tenemos derecho, sino que somos positivamente indignos de estar en presencia de Dios por haber rechazado tantas invitaciones suyas a lo largo de nuestra vida. Nuestra realidad de pecadores es un motivo más para la humildad, que, como al publicano, nos debe hacer sentirnos avergonzados, sin atrevernos a levantar los ojos: «**Ten compasión de este pecador**».

En los anteriores domingos hemos recibido las enseñanzas de Jesús sobre la vida moral y la vida de oración. La parábola del fariseo y del publicano nos ayuda a recapitular nuestras reflexiones sobre la vida de oración: El único maestro de oración es Jesús; El ora y nos enseña a orar.

II. LA FE DE LA IGLESIA

Jesús enseña a orar
(2607 – 2615)

Jesús ora
(2598 – 2606)

El modelo perfecto de oración se encuentra en la **oración filial** de Jesús. Hecha **con frecuencia** en la soledad –**en lo secreto**–, la oración de Jesús entraña una **adhesión amorosa** a la voluntad del Padre hasta la cruz y una **absoluta confianza** en ser escuchada.

Jesús **se retira con frecuencia** en soledad a la montaña, con preferencia **por la noche**, para orar. **Lleva a los hombres en su oración**, y los ofrece al Padre, ofreciéndose a sí mismo. Sus palabras y sus obras aparecen como la manifestación visible de su oración «*en lo secreto*».

Jesús ora **antes de los momentos decisivos de su misión**: antes de que el Padre dé testimonio de Él en su Bautismo y de su Transfiguración, y antes de dar cumplimiento con su Pasión al designio de amor del Padre. Jesús ora también ante los **momentos decisivos que van a comprometer la misión de sus apóstoles**: antes de elegir y de llamar a los Doce, antes de que Pedro lo confiese como «*el Cristo de Dios*» y para que la fe del príncipe de los apóstoles no desfallezca ante la tentación. La oración de Jesús es una entrega, humilde y confiada, de su voluntad humana a la voluntad amorosa del Padre.

Los evangelistas han conservado **las dos oraciones más explícitas de Cristo durante su ministerio**. Cada una de ellas comienza precisamente con la acción de gracias. En la **primera, Jesús confiesa al Padre, le da gracias y lo bendice** porque ha escondido los misterios del Reino a los que se creen doctos y los ha revelado a los "pequeños": los pobres de las Bienaventuranzas. La **segunda** oración es narrada por San Juan en el pasaje de la resurrección de Lázaro. **La acción de gracias precede al acontecimiento**: «*Padre, yo te doy gracias por haberme escuchado*», lo que implica que **el Padre escucha siempre su súplica**; y Jesús añade a continuación: «*Yo sabía bien que tú siempre me escuchas*», lo que implica que **Jesús, por su parte, pide de una manera constante**.

La **"oración sacerdotal" de Jesús** (cf. Jn 17) ocupa un lugar único en la Economía de la salvación. Esta oración, en efecto, **muestra el carácter permanente de la plegaria de nuestro Sumo Sacerdote**, y, al mismo tiempo, contiene lo que Jesús nos enseña en la oración del Padre Nuestro.

Cuando llega "la hora" de cumplir el plan amoroso del Padre, Jesús deja entrever la profundidad insondable de su plegaria filial, no sólo antes de entregarse libremente: «*Abbá... no mi voluntad, sino la tuya*»; sino hasta en sus últimas palabras en la Cruz, donde orar y entregarse son una sola cosa: hasta ese **"fuerte grito"** cuando expira entregando el espíritu. Todos los infortunios de la humanidad de todos los tiempos, esclava del pecado y de la muerte, todas las súplicas y las intercesiones de la historia de la salvación están recogidas en este grito del Verbo encarnado. He aquí que **el Padre las acoge y, por encima de toda esperanza, las escucha al resucitar a su Hijo**.

«*Estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: "Maestro, enséñanos a orar"*». Es, sobre todo, al contemplar a su Maestro en oración, cuando el discípulo de Cristo desea orar. Entonces, puede aprender del Maestro de oración. **Contemplando y escuchando al Hijo, los hijos aprenden a orar al Padre**.

En su enseñanza, Jesús instruye a sus discípulos para que oren con un **corazón purificado**, una **fe viva y perseverante**, una **audacia filial**. Les insta a la **vigilancia** y les invita a presentar sus peticiones a Dios **en su nombre**.

Jesús insiste en la **conversión del corazón**: la reconciliación con el hermano antes de presentar una ofrenda sobre el altar, el amor a los enemigos y la oración por los perseguidores, orar al Padre "en lo secreto", no gastar muchas palabras, perdonar desde el fondo del corazón al orar, la pureza del corazón y la búsqueda del Reino. Esta conversión se centra totalmente en el Padre; es lo propio de un hijo.

Del mismo modo que Jesús ora al Padre y le **da gracias antes de recibir sus dones**, nos enseña esta **audacia filial**: «*todo cuanto pidan en la oración, crean que ya lo han recibido*». La oración de fe no consiste solamente en decir «*Señor, Señor*», sino en disponer el corazón para hacer la voluntad del Padre. Jesús invita a sus discípulos a llevar a la oración esta **voluntad de cooperar con el plan divino**.

En comunión con su Maestro, la oración de los discípulos es un **combate**, y velando en la oración es como no se cae en la tentación.

Jesús escucha la oración
(2616)

La oración a Jesús **ya ha sido escuchada** por Él durante su ministerio: Jesús escucha la oración de fe expresada **en palabras** (el leproso, Jairo, la cananea, el buen ladrón), o **en silencio** (los portadores del paralítico, la hemorroisa que toca su vestido, las lágrimas y el perfume de la pecadora).

La petición apremiante de los ciegos: «*¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!*» o «*¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!*» ha sido recogida en la tradición de la **Oración a Jesús**: «*¡Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ten piedad de mí, pecador!*» Sanando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria del que le suplica con fe: «*ve en paz, tu fe te ha salvado*».

III. LOS TESTIGOS DE LA FE

«*La conciencia que tenemos de nuestra condición de esclavos nos haría meternos bajo tierra, nuestra condición terrena se desharía en polvo, si la autoridad de nuestro mismo Padre y el Espíritu de su Hijo no nos empujase a proferir este grito: ¡Abbá, Padre!*» (S. Pedro Crisólogo).

San Agustín resume admirablemente las tres dimensiones de la oración de Jesús: «**Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza**

nuestra; **a Él se dirige nuestra oración** como a Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en Él nuestras voces; y la voz de Él, en nosotros».

COMPARTIR EN CRISTO

Contemplación, vivencia, misión:

Sólo oramos de verdad cuando nos presentamos antes Dios tal como somos, sin trampas ni disfraces. Nuestra realidad es limitada y quebradiza, como la de todos los demás. Pero el aliento de esperanza viene de saberse amados por un Dios que no se cansa de regalarnos “su sol” todos los días. Orar es desear, esperar, estar alegres con la presencia de quien sabemos que nos ama tal como somos. Este mensaje de Cristo es para toda la humanidad, sin fronteras de raza, religión o cultura. El apóstol “arde en caridad y abrasa por donde pasa” (S. Antonio M^a Claret).

En el día a día con la Madre de Jesús:

“Enséñanos tu mismo amor de predilección hacia los pequeños y los pobres, hacia los excluidos y los que sufren, por los pecadores y por los que tienen el corazón perdido: reúne a todos bajo tu protección y a todos entrégales a tu Hijo dilecto, el Señor Nuestro, Jesús” (Papa Francisco, entrega a María, 13 octubre 2013).

EL EVANGELIO DEL DÍA

San Agustín (354-430), obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia
Discurso sobre los salmos, Salmo 85, 2-3

**“Dios mío, ten compasión de mí
que soy un pecador.”**

“Inclina tu oído, Señor, escúchame, que soy humilde y pobre.” (Sal 85,1) El Señor no inclina su oído al rico sino al pobre y miserable, al que es humilde y confiesa sus faltas, al que implora la misericordia. No se inclina al satisfecho que se jacta y se envanece como si nada le faltara y que dijo: “Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres,... ni como ese publicano.” (Lc 18,11) El rico fariseo exhibía sus méritos, el pobre publicano confesaba sus pecados.

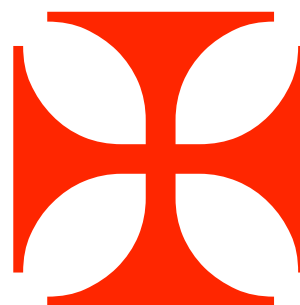
Todos los que rechazan el orgullo son pobres delante de Dios y sabemos que Dios tiende su oído hacia los pobres y los indigentes. Reconocen que su esperanza no puede apoyarse ni en oro o plata ni en sus bienes que, por un tiempo, enriquecen su morada... Cuando un hombre menosprecia en sí todo aquello que infla el orgullo es pobre ante Dios. Dios inclina hacia él su oído porque conoce los sufrimientos de su corazón.

Aprended, pues, a ser pobres e indigentes, teniendo o no teniendo bienes de este mundo. Uno puede encontrar a un mendigo orgulloso y a un rico convencido de su miseria. Dios se niega a los orgullosos, tanto si van

vestidos de seda o cubiertos de harapos. Otorga su gracia a los humildes, sean o no notables de este mundo. Dios mira lo interior: aquí examina y juzga. Tú no ves la balanza de Dios. Tus sentimientos, tus proyectos, los mete en el platillo... ¿Hay a tu alrededor o dentro de ti algún objeto que estás tentado a retener para ti?

¡Recházalo! Que sólo Dios sea tu seguridad. ¡Estad hambrientos de Dios para que él os sacie!

6. Frase o palabra “clave”



2º MEDITATIO

¿Qué me dice el texto a mí?

1. Meditación en silencio (música)
2. Compartir en voz alta

3º ORATIO

¿Qué le digo yo al Señor,
como respuesta a su Palabra?

1. Oración espontánea en voz alta
(alabanza, petición, intercesión, acción de gracias...)
2. Rezo de algún salmo, cántico,
preces, oración escrita...

*En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.*

*¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?*

*¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?*

*Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mi todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.*

*Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta.*

Amén.

4º CONTEMPLATIO

¿Qué te ha hecho descubrir Dios?

1. ¿Con qué te ha sorprendido Dios?
Disfrútalo, saboréalo.
2. ¿Qué gracia de conversión
de la mente, del corazón y de la vida
te está ofreciendo el Señor?
3. Resonancia o eco:
repite en voz alta
la frase que más te haya llegado.

5º ACTIO

¿Qué te mueve Dios a hacer?

1. Pide luz a Dios
2. Trata de fijar un compromiso concreto
3. Revisión compromiso semana anterior

CONCLUSIÓN:

•

Oración final

Padre bueno,
tú que eres la fuente del amor,
te agradezco el don que me has hecho:
Jesús, palabra viva
y alimento de mi vida espiritual.

Haz que lleve a la práctica la Palabra
que he leído y acogido en mi interior,
de forma que sepa contrastarla con mi vida.

Concédeme transformarla en lo cotidiano
para que pueda hallar mi felicidad
en practicarla y ser, entre los que vivo,
un signo vivo y testimonio auténtico
de tu Evangelio de salvación.

Te lo pido por Cristo, tu Hijo, nuestro Señor.
Amén.

Padre nuestro...

- **Texto** próxima semana
- **Encargados** de preparar
- **Avisos**
- **Canto**